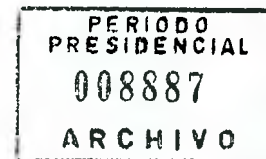


Santiago 19 junio 1990
Mensaje Arzobispo Oviedo sobre Derechos Humanos



Queridos hermanos y hermanas en el Señor;

1. Hemos vivido días de angustia y de dolor junto a los familiares de las víctimas de Pisagua. Hoy por la tarde, en Santiago se dará digna sepultura a los detenidos desaparecidos encontrados en Colina. Yo estaré representado en la Misa Funeral por mis Vicarios Generales, compartiendo de todo corazón la aflicción de sus familiares más cercanos.
2. En estas horas difíciles pareciera agigantarse la figura de Jesucristo, nuestro Señor, que sufrió el Calvario y la Cruz con una actitud tal, que supo rescatar de la muerte a toda la humanidad. Lo que era el mayor de los agravios El lo supo convertir en fuente de vida y de reconciliación. El, el Hijo de Dios.
3. A la hora de su muerte algunos huyeron, otros se mofaron y le lanzaron improperios. Hubo quienes invocaron la ley para condenarlo y no faltó quien se lavara las manos sobre la suerte de ese Justo. Ninguna de esas personas ha quedado en la historia como benefactor de la humanidad. En cambio, la humanidad venera los nombres de Jesús, de la Virgen María, de San Juan. De María Magdalena, de Nicodemo y el Cireneo.
4. Hoy, en Santiago, nosotros no queremos ser los Pilato de la historia. Los detenidos desaparecidos, las víctimas del terrorismo – civiles y uniformados – y la violación de los derechos humanos, los agravios y las ofensas que nos hemos inferido tocan a todos los chilenos. Nadie se puede lavar simplemente las manos si queremos caminar en paz hacia el futuro. En esta hora de cruz tenemos que reconocer nuestra parte en la responsabilidad de lo ocurrido: nuestra acción o nuestra omisión. Esa es la manera más positiva de encarar el mal que a todos ha afectado. Y eso lo aprendemos en el Sacramento del Perdón, en que el mismo penitente es el que se acusa de sus propios pecados, abriendo así el camino de la reconciliación.
5. La Iglesia de Jesucristo está marcada por la Cruz. Ella no puede pasar de lado junto a los caídos del camino ni dejar de consolar a los que lloran. Ella no puede ser insensible ante ningún dolor humano. Si lo fuera, se haría indigna del Señor. Ella sabe que, asumiendo la cruz se logra el perdón y la reconciliación.
6. En consecuencia pido a todos los fieles cristianos y a todas las personas de buena voluntad que el próximo domingo, 24 de junio, sea en la Arquidiócesis un día de oración por todos los chilenos, especialmente por quienes más han sufrido en estos años. Un día en que con San Juan Bautista pidamos la gracia de la conversión (Hch.13,24) y en que cada uno de nosotros pueda reconocer su parte de verdad y de responsabilidad en la herida que aún no cicatriza. Pero, pido a la

vez, que esto lo hagamos con humildad, sin estridencias, como corresponde a los penitentes que recurren a la gracia del Señor.

7. Deseo, en concreto, que en la Oración Universal (oración de los fieles) de todas las Misas, se haga un momento largo de silencio para pedir por la Patria y para que el Señor nos conceda el don de una sincera reconciliación en la verdad. Que cada uno ore por sí mismo y por sus hermanos, por los que murieron y los que mataron, por los que hablaron y los que callaron: que Dios, nuestro Padre, nos conceda la luz de su Espíritu para reconocer las responsabilidades que a todos afectan. Pero, sobre todo, que oremos para contribuir a un futuro de paz para todos nuestros hijos. Como Pastor no puedo, al igual que Jesucristo, excluir a nadie en mi preocupación de ayudar a todos.
8. Insisto en el silencio para que ninguna palabra turbe la verdad que se da en el encuentro cara a cara con el Señor. Y, al final de este silencio, les pido que invoquemos a la Virgen María para que interceda por nosotros al Señor. Ella conoce el dolor de ver a su hijo crucificado; Ella sabe lo que es estar de pie junto a la Cruz. Ella también sabe lo que es perdonar a los que la agraviaron y, con su amor maternal, puede mover a conversión aún los corazones más endurecidos.
9. En fin, al terminar esta carta, les ruego también que cuidemos el lenguaje para que no agreguemos agravio al dolor, ni empañemos la verdad que buscamos con la torpeza del gesto descalificador o amenazante. Hoy tenemos la gran posibilidad de construir juntos el futuro y para eso se requiere grandeza de alma y generosidad.

+Carlos Oviedo Cavada
Arzobispo de Santiago

NOTA: Transcripción textual de fax en mal estado de conservación.